

UN ASPECTO POLÉMICO EN EL PENSAMIENTO DE SIMONE WEIL : EL DESCONCIERTO GENÉRICO

Beatriz Simó Roig

Madrid

A medida que se han ido publicando los libros de Simone Weil, casi todos póstumos, una furia de pertenencias la reclaman: el pacifismo, el marxismo, la iglesia católica, el feminismo de la diferencia. Quien deseó por encima de todo preservar su independencia de pensamiento y hizo profesión de no estar adscrita a nada que pudiera mermarla, se encuentra invocada hoy, cual patrona gremial, por una profusión de teorías e instituciones.

Bajo la idea de desconcierto genérico, me propongo abordar el equívoco que subyace en los textos y en los posicionamientos de S. Weil a la hora de percibirse y de adquirir conciencia de sí como ser humano, en rebeldía por su pertenencia al sexo femenino. Es un caso paradigmático de rechazo hacia lo que el imaginario de la época entiende por mujer. Por otro lado, quisiera poner también de manifiesto la ceguera de sus mejores comentaristas y biógrafos –pienso en Jacques Cabaud y en Simone Pétrement– en lo que esta faceta se refiere. Modestamente pensamos que no la han entendido por desconocimiento de instrumentos teóricos adecuados, como por ejemplo, los que podría suministrar una teoría feminista de corte ilustrado. Finalmente aludiremos o los colectivos que la reivindican como figura afín, para interrogarnos acerca de su pertinencia.

Weil interiorizó el hecho de ser mujer como una mala suerte, para empezar. Mala suerte que ella trató de contrarrestar renunciando a considerarse tal y a ser considerada como tal por los demás. Cabe preguntarse como se puede hacer efectiva esa renuncia, sobre todo para sí misma, en definitiva, de que connotaciones negativas carga el hecho de ser una mujer, como para tratar de desentenderse de ello.

Dado que el tema de la opresión de las mujeres no fue objeto de su reflexión y por lo tanto no lo tematizó teóricamente, aunque se topara en propias carnes con las consecuencias indeseadas de la exclusión, pensamos que trató de esquivar el problema por la vereda de una presunta universalidad el género humano en la que se podía sentir incluida. Ahora bien, esa universalidad es cierta de derecho, pero no de hecho. Su modo de vivirla no parece haber reparado en ello.

De haber nacido un par de años antes no hubiese podido acceder a l'École Normale, por poner un ejemplo. Sin embargo con qué buen criterio ahonda en el análisis de la opresión en el que fuera su libro más querido, *Réflexions sur les causes de la liberté et de l'oppression sociale*: "Se trata de conocer lo que vincula la opresión en general y cada forma de opresión particular al régimen de la producción, de comprender por qué surge, subsiste, se transforma, en virtud de qué podría desaparecer". La orientación marxista de este análisis no olvida ningún resquicio, excepto el genérico.

Simone Weil tenía un deseo explícito de no hacer suya la llamada "naturaleza femenina" hasta el punto de firmar en masculino las cartas dirigidas a sus padres, en quienes tenía plena confianza. Tanto Cabaud como Pétrement insisten en afirmar que la madre, Selma Weil, se había esforzado en desarrollar en su hija las virtudes masculinas más que el carácter femenino.

Nos llevaría muy lejos discutir la supuesta naturaleza femenina a quienes pensamos, con el existencialismo de corte sartreano, que no existe siquiera la naturaleza humana, sino la condición. Las facultades críticas de Pétrement se sienten desfallecer en este terreno cuando afirma: *Se espera de una mujer que, en la medida en que es natural, muestre una naturaleza femenina. Simone Weil no quería poseer este tipo de naturaleza.*

Resulta casi ocioso insistir en que no fueron valores masculinos – sobre los que también cabría preguntarse qué son – los que la familia inculcó en S. Weil; simplemente no obstaculizaron en su hija, la emergencia, desde muy niña, de otro orden de preocupaciones. No la obligaron al aprendizaje de la llamada feminidad y, como dicho aprendizaje no tiene nada de natural sobre todo a principios de siglo, sino que representa una lucha continua contra la más inocente espontaneidad, la crítica, aun la más benigna, la acusa de voluntarismo en querer llevar una vida de hombre.

El rechazo que Weil siente es hacia el imaginario femenino de la época, porque lo percibe como inmanente, como inesencial, no destinado a la transcendencia que busca. Su autoexclusión en este sentido acusa la falta de proyecto en que ve inmersas a las demás mujeres. Repetidas veces habla de la edad viril como de algo que si no logra alcanzarse como horizonte de deseabilidad, se está en la infancia aunque se tengan sesenta años. Nos llegan ecos kantianos respecto a la perpetua minoría de edad en la que se encuentra el bello sexo, con el mismo carácter de hacer culpable a la propia mujer de esa situación. Pétrement dice al respecto que los deberes que Weil se había impuesto iban a reclamar de ella virtudes viriles plasmadas inevitablemente en un aspecto exterior

descuidado y masculino. Ni siquiera quienes más la estiman parecen reparar en la identificación acrítica de lo masculino entendido como entidad en sentido filosófico es decir conteniendo más grados de ser y lo femenino como carencia. Nos parece estar ante la tabla pitagórica de los opuestos con sus valoraciones sobre lo positivo y lo negativo y sabemos dónde queda el principio femenino.

Evidentemente Weil no desconocía el origen de la palabra viril, de la misma raíz “vir” que virtud, traducción latina de la “areté” griega. Es la excelencia como posibilidad de lo humano lo que ella busca, la perfección. Si está diciendo que hasta el ser más mediocre puede acceder a ella con las actitudes adecuadas, sencillamente no se autoexcluye de esta posibilidad.

De modo que ella no responde a las expectativas “propias de su sexo” ni a las expectativas de casi nada por otra parte. Pero insistimos, no se trata de una adscripción pasiva ni de una resolución hacia lo masculino como tal, sino de la necesidad de liberarse de las trabas en que se suele encerrar a lo femenino. Es quitar obstáculos con objeto de estar disponible para aquello que lleva dentro, y que, según sus propias palabras vale más que ella. Es el modo en que Weil expresa la intuición de su propia genialidad. Ella misma afirma que la fuerza de un pensador se reconoce en la actitud que sostiene frente a los problemas particulares, más que en la elaboración de ningún sistema.

En el *Segundo sexo*, Simone de Beauvoir critica el que la líbido de la mujer haya sido siempre planteada como una escisión entre tendencias viriloides y femeninas. A esta simpleza Beauvoir opone un planteamiento según el cual la mujer, igual que el hombre, tendrá que elegir entre adoptar el papel de objeto o reivindicar su libertad. Está claro lo que Weil eligió. Ahora bien, ¿cómo percibió el mundo de las demás mujeres?

La mayoría de los amigos de Weil fueron hombres con quienes compartía una camaradería, bien en el intercambio de ideas, bien en la lucha sindical y obrera. En los mejores momentos afirma no percibir la menor barrera de clase ni de sexo, se siente confortada por tener conversaciones con sus compañeros de fábrica de un nivel muy superior a las miserias de la vida cotidiana que, según ella, son cosas de esclavos y de mujeres: el que los obreros la traten como a una igual socialmente colma a la burguesa que nunca se identificó con su clase; el que no perciba la barrera de sexo significa para ella no sentirse objeto de deseo, cosa que le repugna y la humilla.

Durante el tiempo en que trabajó como obrera en una cadena de montaje de la fábrica Alstom, también tuvo compañeras y cuando reflexiona acerca de ellas dice que

son desgraciadas pero que no se puede hacer nada por ellas, ya que no sienten interés por las máquinas ni se preguntan por el modo en que funciona la fábrica. Este destino social, sufrido por quienes después del agotador trabajo en la fábrica han de padecer además el destino biológico, con toda la servidumbre que lleva aparejado, no la interpela de hecho; no analiza en este caso las causas del conformismo; se limita a consignar que las obreras son resignadas, con veleidades de rebelión impotentes.

Una personalidad tan fuerte como la de nuestra autora, tan segura de lo que quiere y sobre todo de lo que no quiere, pudo actuar con un grado de libertad que la sitúa ya en lo excepcional incluso si hubiera sido varón. Pertenece a esa categoría de mujeres que habiendo podido librarse de la mayoría de límites impuestos a la condición femenina de principios de siglo, no ha reparado en que esa posibilidad no la tiene la inmensa mayoría de las mujeres. Es, literalmente, como si la cosa no fuese son ella, pero ni siquiera porque fuera mujer, sino porque fue particularmente sensible a todo tipo de exclusión y aquí es donde abrimos el gran interrogante: Simone Weil ha analizado como pocos las categorías de opresión, fuerza, jerarquía; nos ha facilitado la comprensión de su origen, las razones de su permanencia, la sutileza de sus transformaciones; ha aplicado el resultado de estos análisis a los más diversos ámbitos históricos, sociales y políticos. Lo ha hecho no sólo teóricamente en sus brillantes ensayos, sino involucrándose en todas las prácticas de riesgo que le han sido posibles: obrera en cadena de montajes, miliciana en la guerra civil española, vendimiadora en los campos de Marsella, compañera de tabernas de los mineros cuando salía de dar clases de filosofía en el Puy...

Tendríamos alguna razón de esperar de esta rebelde que afirmó de mil modos que la opresión no genera rebelión, sino sumisión, de esta amante de la justicia y de la igualdad por las que tanto luchó, de alguien que expresó su repugnancia por la asimetría de las relaciones en general y por la de los sexos en particular, tendríamos alguna razón de esperar, digo, que no excluyese de su reflexión algo que tenía tan cerca como es la opresión por razón de sexo. Lo hizo explícitamente. En unos cursos de educación obrera en los que colaboraba con los equipos de Alain, se le pidió que diese a las mujeres un curso sobre feminismo, a fin de ayudarlas a adquirir conciencia de su situación. Weil se negó y dijo: *Yo no soy feminista*.

Dado que algunas tendencias del feminismo de la diferencia la reivindican como figura afín, nos preguntamos en que han podido basar esta pertenencia post-mortem. En

su obra escrita no hay ni rastro de genealogías de autoridad intelectual femenina que marquen diferencia alguna en el hecho de ser mujer. Sus pertenencias y filiaciones las elige ella: Homero, Sófocles, Platón, Shakespeare, Descartes. Asimismo fue ajena a la llamada ética del cuidado. Su solidaridad es siempre expresión de sus dos ideas rectoras: justicia e igualdad.

El libro editado por la Librería de Mujeres de Milán, *No creas tener derechos*, comienza con una larga cita de Simone Weil extraída del segundo tomo de los *Cahiers* que, a nuestro juicio, traiciona el sentido que para ella tiene la noción de derechos, no solo por la traducción incorrecta y casi incomprensible –también en la versión castellana– de dicha cita, sino por el modo interesado en que se utiliza. Sería largo y carente de interés para este trabajo adentrarnos a semejante análisis. Mencionamos esta referencia para aportar fuentes concretas a una adscripción que juzgamos más que discutible.

Poco antes de morir, aún no tenía 34 años, en la Francia ocupada por el nazismo, elabora un proyecto de formación de enfermeras para la primera línea del frente. No se trata de enfermeras sólo para curar heridos, sino que tendrían que involucrarse sin armas, y hacer un papel de transmisoras de órdenes con objeto de desmoralizar al enemigo. Dice: “¿Dónde encontraremos mujeres tan valientes y que posean la ternura necesaria para cumplir bien esta función? Las mujeres casi siempre son un incordio a menos que no posean la suficiente resolución fría y viril que exige el consuelo para quien está sufriendo y agonizando”.

Ella quiso ser la primera candidata para esta misión, pero no analiza a la luz de la opresión que han sufrido las mujeres, o de lo poco solicitadas que han sido por la historia para tareas que excedan el ámbito doméstico, el hecho de que en las situaciones extremas a las que se refiere, puedan ser un incordio. Les exige resolución fría y viril, ternura y consuelo...Estos son atributos de los seres humanos independientemente del sexo al que pertenezcan, y de algún modo tiene razón en exigir la excelencia para semejante misión, pero la división de expectativas por géneros siempre mantiene oculta la posibilidad de mostrar esa grandeza de alma a las personas atraídas por ella.

No pudo participar en esa misión porque no la dejaron. Contrajo la tuberculosis y se impuso el mismo racionamiento que el que sufrían los refugiados en Francia. Se han escrito historias de anorexia, ñoñerías del tipo: “como una víctima femenina más, se dio sin recibir”, que la harían saltar de la tumba si pudiese oírlas, pues hasta en su muerte hay una buena dosis de protesta. A su amigo M. Schumann que tanto había hecho por

ella, se niega a dirigirle la palabra en el mismo umbral de la muerte por estimar que no la ha ayudado a conseguir esa misión de riesgo que desea; si no puede estar en la lucha, en la primera línea del frente, seguir viviendo deja de interesarle.

Simone Weil carece de ese componente narcisista mínimo que se requiere para ocuparse de algo que tenga que ver consigo misma, como el hecho de ser mujer o de ser judía, dos colectivos que no le interesaron, pero las categorías de opresión, jerarquía, fuerza, asimetría que son originalidad suya y que ella no aplicó a las relaciones de género, nosotros sí podemos aplicarlas, pues pensamos que son muy fecundas para proseguir con la crítica a la razón patriarcal.